



HASTA EL RABO TODO ES "OSO"

¿Se podrían identificar o definir los diferentes tipos de usuarios que acuden a nuestras bibliotecas públicas? La respuesta es sí... A partir de una lectura casual del anterior artículo sobre los OSOarios por parte del "espeso" de la autora de esta serie de artículos, se discute sobre las diferentes percepciones que se tienen de un usuario de bibliotecas. Esa discusión ha servido de inspiración para que Susana Ramos aclare a su espeso cómo y quiénes son aquellos que visitan y utilizan la biblioteca pública...

Querid@s compañer@s del metal, del vil metal, ¡qué mala suerte! El pasado artículo, “El OSOario: ese gran desconocido”, aquel en que clasificaba a mis usuarios petardo en el número cinco de la CDU, concretamente entre el 591.2, es decir, patología animal, y el 591.52 o, lo que viene siendo, el animal en relación con el entorno... ha llegado a manos de mi “espeso”. Entró en la biblioteca que frecuenta, vio la revista, y no pudiendo reprimir su curiosidad mal sana (como sabe que hablo de él), la leyó de principio a fin, de cabo a rabo. Y, claro, ahí estaba mi artículo. Y él, que además de intelectual, se solidariza siempre con la causa ajena, y sólo tiene bonitas palabras para con todos menos para mí... Que no hace más que minarme la moral con que si ya no tengo edad para lucir minifaldas bravas... Y yo, ya sabéis, lo único que pretendo es luchar contra esa fama a rancio y añejo que nos persigue a l@s bibliotecari@s para ver si, por una vez en la vida, el cuerpo de bibliotecari@s protagoniza un calendario. Pero, claro, donde esté el torso musculado de un bombero y su manguera, que se quite el de un ratón de biblioteca con un libro entre las manos. En fin, siguiendo con mi “espeso” y el artículo, resulta que se dio por aludido. Y no me extraña, la verdad. Porque como está todo el día en la nube, ya sea virtual o metafóricamente hablando, seguro que es el típico usuario que olvida apagar el móvil, cerrar la puerta o dar los buenos días. Además, me cuesta reconocerlo, pero lo confieso: es de los que lee en compañía del Sr. Roca. ¡Madre mía, en casa de herrero y cuchillo de palo!

“Yo también utilizo la biblioteca y no me considero ningún OSOario”, me dice todo digno. Y le replico yo: “Tú no. Pero pregúntale a la bibliotecaria si es de tu misma opinión”. Todo soberbio: “¡Ni falta que me hace!”. Muy rabiOSO: “¿Tú te has mirado alguna vez?”. Le digo que sí, que todos los días en el espejo. ¿Y no va el tío y me dice que ese es mi problema? Que no hago más que mirarme por fuera y pintarme el rabillo del ojo y que, encima, voy ridícula... Que si nunca miro hacia dentro. Que si no hago autocrítica. Que si siempre veo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el mío propio. Que usuarios y OSOarios, en alguna medida, somos todos, ya sea de una biblioteca o de una panadería. Y, si no, que se lo pregunten a mi psiquiatra o a la dependienta del Zara, que seguro que tiemblan al verme (se equivoca, lo único que tiembla es su bolsillo, pero como no se entera...). Que si él es un oso, yo soy una... (...una cerda, no lo dice pero lo piensa, por mis minifaldas y por el calendario...).

Que frente al OSOario está el usuario. Frente al blanco, el negro. Frente al bien, el mal. El yin y el yang y demás “intelligentadas” de las tuyas (¡Qué pedante es!). Pero, lo que más me dolió no fue lo de mi “puerco” (cerda más cuerpo no agraciado), ni que tildara mis artículos de irrelevantes, sino que insinuara que soy una mala persona porque mis minifaldas, además de mi celulitis, dejan entrever el rabo que tengo (de diablo, dice). ¡Qué mala es la envidia! Mejor no voy a hablar de rabos. Ni de artículos. Como los suyos están escritos para minorías, para

la élite de los matemáticos y, encima, en lengua extranjera, no los lee ni Dios.

En fin, dejando el rencor a un lado, he de reconocer que tiene razón: no todos mis usuarios son OSOarios. Es más, hay muchos usuarios. Más que OSOarios. Pero, ¿y a mí qué, si los hay? No me dan juego ni son fuente de mi inspiración. Además, no es nuevo, ya lo decía aquella canción: “Habría menos gente difícil, habría más gente con corazón...”. Pero, aunque empiecen siendo usuarios vulgaris o, incluso, modélicos, al final, por pitos o por flautas, acaban ostentando el título de OSOario y entrando a formar parte de mi lista negra. Además, no sé qué me pasa (debe ser patológico), el ojo se me va tras ellos, es como una atracción fatal que me atrapa, y ya no veo más que osos, eso sí, de todos los tipos y colores. Así que mi biblioteca, además de, es una OSOteca. Y, si no, a las pruebas me remito. Estos son los tipos de usuarios que la frecuentan.



OSOario de peluche

Dícese del tierno usuario infantil que no se está quieto, vocifera y se hace caca.

Porque... ¿quién no se ha encontrado alguna vez, a lo largo de su trayectoria profesional, con un loco bajito que en vez de joder con la pelota (o además de), ha entrado en función pulpo, moviendo sus pequeños pero rápidos brazos, cual

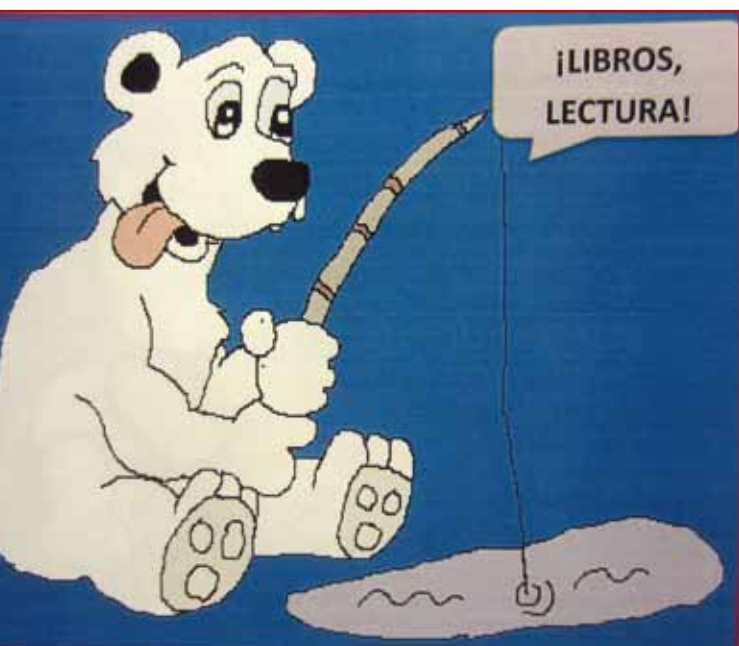
aspas de un molino enloquecido, para debatirse en duelo contra un centenar de libros debidamente ordenados en una estantería y cuyo resultado pareciera la devastadora consecuencia de un tsunami? ¿Y quién no se ha topado con esos otros bajitos que sustituyen o suman a la función pulpo, la de pánico, convirtiéndose en alarma que se activa a oídos de todos excepto de sus progenitores? ¿Y acaso alguien no ha sido víctima de la función “sálvese quien pueda” cuando algún loco bajito te ha obsequiado con un popó mientras l@s restantes usuari@s “clavan en mi pupila su pupila azul” y entonan, entredientes, aquello de “quién se ha peío?” OSOarios de peluche. ¡Lástima no habérselos comido a tiempo! Nos hubiéramos ahorrado los siguientes tipos:

OSOario amoroso

Dícese, en primera acepción, del usuario imberbe, adolescente o pavo.

Porque... ¿Quién no se ha topado, alguna vez, con un pavo o pava (o con los dos) que, en plena eferescencia hormonal, frecuenta la biblioteca como lugar de sus primeros encuentros amorosos, babeos y arrumacos? Ahora entiendo por qué la concejal nos ha hecho quitar la sección de cine erótico. Donde esté el teatro, en vivo y en directo...

Véase también el pollo, que no pavo, masculino, es decir, no genérico, ya talludito, soltero, separado, divorciado y algún que otro casado que frecuenta la biblioteca como lugar donde probar suerte en el amor, bien utilizando las redes sociales desde internet, bien guiñándole un ojo a alguna estudiante,



bien tirándole los tejos y hasta los cimientos a alguna bibliotecaria. ¡Para que luego diga mi espeso que estoy fuera de mercado! (al final consigo la portada del calendario). ¡Vivan mis fans!

OSOario hormiguero

Dícese del usuario (masculino y femenino) que sólo frecuenta la biblioteca para husmear, hacer tiempo, pasar el rato, usar los otros servicios de la biblioteca (baños, café de máquina, periódicos gratuitos...) o, en el mejor de los casos, para revolver la hemeroteca o la sección de novedades y no llevarse nada en préstamo... Para pegar la hebra con el/la bibliotecari@ de turno (como si no tuviéramos cosas que hacer). Y, finalmente, y la mayoría de las veces, para tocarse o tocarnos las narices. ¡Señor@s, si me queréis, irse a meter las narices en otro agujero!

OSOario polar

Dícese del usuario frío, callado, calculador, desconocido (a pesar de los años) y responsable (devuelve puntualmente los documentos) que sólo frecuenta la biblioteca en busca de alimento, es decir, de libros que poder devorar y sacien su hambre intelectual. Si alguna vez ha de decir algo: quejarse, reclamar o, las menos de las veces, felicitar, lo hará, siempre, por escrito. Lo demás y los demás, le importa/mos un pito.

OSOario panda

Dícese de un úrsido bello y delicado, bien trajeado y con antifaces. Está muy localizado y valorado, pero que escasea, ya que está en peligro de extinción. Para salir adelante requiere de muchos mimos y cuidados por parte del personal bibliotecario.

OSOario perezoso

Dícese de aquel usuario cuyas características poco comunes lo distinguen de otras especies de úrsidos. Es más bien nocturno, por lo que suele frecuentar las instalaciones al cierre de las mismas, casi al límite (de la hora y de mi paciencia). Y, normalmente, devuelve los documentos sobrepasado el plazo o, directamente, no los vuelve a traer. Además, es habitual en esta especie no traer el carnet de OSOcio consigo y suele dejarse dentro del reproductor los discos de los CDs/DVDs que se ha llevado en préstamo. De ahí que la pereza de tener que volver le haga no volver nunca más por estas tierras.



OSOario pardo

Dícese del más abundante y común de los úrsidos. Su comportamiento es variado, según cada cual, pero se haya dentro de los límites de la normalidad. Sin embargo, en situaciones desfavorables tiene la capacidad de ponerse en pie sobre sus patas traseras y montártela “parda” (de ahí el dicho, ¿no?).

En fin, que empiezan ellos muy tiernos y amorosos, cual peluches. Pero, al fin y al cabo, los osos, osos son. Unas fieras. Y ya sean pandas, pardos, polares, perezosos u hormigueros, hasta el rabo todo es oso.

Os dejo. Me voy. Con el rabo entre las piernas. El de diablo, sí. No el que se esconde por canuelo. Que a mí no me da ningún miedo que este artículo caiga en manos de mi espeso y se ponga como un Yeti, Big Foot o abominable hombre de las nieves. Es decir, dícese del úrsido excéntrico, algo perroflauta, con melena

Lo único que pretendo es luchar contra esa fama a rancio y añejo que nos persigue a l@s bibliotecari@s para ver si, por una vez en la vida, el cuerpo de bibliotecari@s protagoniza un calendario.

(no es “El Coletas”, eh) y bípedo que, aunque pretende asustar y pisar al prójimo, nunca deja huella.

Querido: ¿te queda más claro qué tipo de OSOario eres?

Tu amorOSA espesa. ▴